

A woman with long, dark hair is the central figure. She is wearing a short-sleeved, form-fitting dress with a white base and a pattern of red and black flowers and butterflies. Her right hand is on her hip, and her left hand is near her waist. The background is a plain, light grey.

Te dejo
sin amor

Corín
Tellado

La voz femenina era la de Tassi. Y Tassi casi nunca le molestaba, por tanto si su hija le enviaba aquel S.O.S., tendría sus poderosas razones.

—Papá, estoy todo el día llamando y como al fin me doy cuenta de que no vas a volver, te dejo el recado. Necesito verte, es urgente. Muy urgente, papá. Por favor.

Cerró el automático y se quedó pensativo.

Después se levantó y sacudió la cazoleta de la pipa en un cenicero, volviendo a llenarla con cierta precipitación.

Una sola cosa la sensibilizaba en la vida. Su única hija Tassi y aquella voz que acababa de oír no era precisamente tranquilizadora.

Índice de contenido

Cubierta

Te dejo sin amor

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Sobre la autora

Opiniones hay en que la justicia misma produce entuertos.

SOFOCLES

CAPÍTULO PRIMERO

Eduardo Fuster se derrumbó en un diván y encendió perezoso un cigarrillo. Se sentía cansado y el retorno a su pequeño, pero acogedor apartamento, producía siempre un alivio desahogado y relajante.

No es que Eduardo Fuster fuese un tipo aventurero, ni que se pasara las noches ligando. A su edad los ligues ya no tenían ninguna importancia. En cambio, sí le agradaba de modo casi enfermizo, patológico, pasar una velada con un grupo de entrañables amigos. Bien compartiendo una cena, bien bebiendo unas copas, bien rodeado de bellas mujeres que nunca, o casi nunca, le conmovían demasiado, pero sí que resultaban un recreo inigualable para la vista.

Aquella noche, como tantas otras, avanzada ya la madrugada, regresaba de una de sus muchas tertulias y pensaba que tenía dos opciones. Dormir como un lirón, pues nadie le esperaba al día siguiente y su profesión independiente le permitía trabajar cuando le apetecía o sentarse ante la máquina de escribir e inventar una de sus muchas historias de misterio, que, afortunadamente, publicaba con gran éxito bajo un seudónimo que usaba como nombre de guerra.

Pero el caso es que no hizo ni lo uno, ni lo otro. Con su pereza y dejadez habitual, tendido ya en el canapé, enchufó el contestador automático.

Solía tenerlo puesto casi todo el día. En aquella época, iniciado ya el verano, Puerto Banús, era, dicho así, como una distensión continua, un atropello constante y un diverti-

miento siempre. No es que él viviera a lo loco. Pero le gustaba el sol, la playa, su velero y sus amigos. Por tanto trabajaba menos y se divertía un poco más, sin llegar ¡jamás!, a un total olvido de su persona y su edad, que no era ya la de ningún jovencito. Un tipo comedido y sosegado, que no fumaba mucho, y lo poco que fumaba lo hacía en pipa, o en puros habanos, que hacía deporte e intentaba por todos los medios conservar la salud, aunque maldito si le importaba mucho ya conservar su juventud, pues bien sabía que aquella se había ido y era de necios ir a buscarla, cuando los años y las vivencias maldito si se la mantenían incólume.

El contestador automático funcionaba con creciente monotonía y Eduardo (Ed para los amigos), lo escuchaba distraído fumando su última pipada en aquel luminoso amanecer en un lugar donde picaba el sol todo el día, las noches eran estrelladas y los amaneceres altamente sugestivos.

Un conocido pidiéndole por favor dinero. Lo de siempre. Ed ya pasaba de tales pedigüños, porque según parecía le tenían por hermanito de la caridad, o por el Banco de España. Una voz femenina citándole para una fiesta en Puente Romano, un amigo felicitándole por su último libro que, por supuesto, no envaneció a un tipo tan sensato como Ed, una llamada de su editor acuciándole para que entregara su último original, y de súbito, algo que dejó a Ed suspenso y le hizo erguirse poco a poco, echar los pies a tierra y quedar sentado en el diván mirando obstinado el contestador.

La voz femenina era la de Tassi. Y Tassi casi nunca le molestaba, por tanto si su hija le enviaba aquel S.O.S., tendría sus poderosas razones.

—Papá, estoy todo el día llamando y como al fin me doy cuenta de que no vas a volver, te dejo el recado. Necesito verte, es urgente. Muy urgente, papá. Por favor.

Cerró el automático y se quedó pensativo.

Después se levantó y sacudió la cazoleta de la pipa en un cenicero, volviendo a llenarla con cierta precipitación.

Una sola cosa la sensibilizaba en la vida. Su única hija Tassi y aquella voz que acababa de oír no era precisamente tranquilizadora.

Miró su reloj de pulsera y se quedó algo tenso.

¿Qué hacer?

Eran cerca de las cuatro de la mañana, hora poco adecuada para llamar a Tassi y menos sacar el auto del garaje y llegarse hasta Marbella.

Se daría una ducha, se pondría cómodo, dormiría unas horas y pondría el despertador para las nueve.

Se dirigió a su cuarto y soltó los grifos de la bañera. Mientras buscaba un pijama en el armario pensaba que Tassi nunca daba la lata. Hacía más de quince días que no la veía y el caso es que vivían a cinco escasos kilómetros uno del otro, si bien considerando a Tassi feliz, maldito lo que le importaba verla o no verla, porque a la distancia que fuera, el amor entre ambos era patente y los dos lo sabían.

Mientras con pijama y toalla limpia se dirigía al baño incorporado a su habitación, pensaba que se casó tarde, no joven, desde luego, nació Tassi y precisamente inmediatamente de casarse, por lo tanto mientras él ya pasaba de los cincuenta y cinco, Tassi solo contaba veintisiete, pero esa edad era lo suficientemente apropiada como para ser. Tassi lo que era, una mujer abrumadoramente sensata y realista.

* * *

Se iniciaba junio y en Andalucía, era como si mediara el verano. Los veraneantes tempraneros acudían por Puerto Banús a disponer sus yates, veleros o fuera borda y las urbanizaciones ultramodernas se empezaban a llenar y si eran los apartamentos de lujo, ya andaban a tope.

Él vivía en una moderna urbanización. Había comprado aquel apartamento cuando aún no se habían subido los precios a la luna y se alegraba de haber tenido mucha vista para adquirirlo, pues a la sazón ya no le hubiera sido tan fácil aunque para él solo ganaba suficiente y más para hacer de su capa un sayo.

Mientras conducía su deportivo negro hacia Marbella pensaba que Tassi no le necesitaba materialmente, pues su marido, representante de máquinas en una multinacional, ganaba tanto, o casi tanto como él haciendo novelas de misterio.

Si materialmente Tassi no necesitaba nada suyo, era de suponer que espiritualmente si le precisaba y por eso había puesto el despertador para las nueve, con lo cual a las diez ya recorría la escasa distancia que le separaba de Puerto Banús a Marbella.

Vicente Sagarra (Vic para todos) era un buen marido. Atento y caballeroso. Él le apreciaba mucho, si bien no le veía pese a la cercanía, hacía más de un año. Cuando él iba a visitar a su hija, Vic siempre se hallaba viajando.

En cuanto a Brau, la abuela de Vic, no volvió a verla desde que trataron el asunto de la boda. Para entonces su esposa había muerto y Ed pensaba que pese a sentir tanto su falta aún y más cuando le faltó, prefería que en aquel momento crucial de la vida de su hija, María ya no existiese.

Lo lógico hubiese sido que con una chica de escasos quince años, él se hubiera vuelto a casar, pero jamás le pasó por la mente semejante cosa. Y no pensaba así solo por el recuerdo que María había dejado en su vida. Que con ser vivo y palpitante, y la herida sangró lo suyo en su momento, al estar muerta no había que hacerse ilusiones. Y de sobra sabía que no volvería, ni que el amor fuera eterno.

Pero él no se volvió a enamorar y maldito lo que le apetecía cargar con una mujer que tuviera que estar comparando diariamente a la muerta.

En aquella época, además, Tassi estudiaba el Bachillerato, pensando que una vez terminado aquel continuaría una carrera.

Pero el hombre propone y Dios dispone, de tal modo que intentar ir contra el destino, es como dar puñetazos en el aire sin hallar jamás su objetivo.

Tassi terminó el Bachillerato, pero jamás hizo carrera y él se vio sin ella de la noche a la mañana, si bien ni así decidió rehacer su vida como pareja.

Se habituó pronto a la soledad, a la compañía de los amigos y sus novelas de misterio estupendamente bien acogidas por el público y siendo amigo de sus propios editores, sabiendo además a Tassi bien protegida, se consideró un hombre feliz.

Y feliz vivía.

Y además vivía en un lugar donde aburrirse no cabía.

Frenó el auto ante la urbanización y buscó donde aparcar.

Había coches por todas partes, pero la urbanización en la cual vivía su hija todo el año no era precisamente donde se movían los habituales veraneantes ni la élite que rondaba por Marbella Club.

La urbanización era moderna, y bonita, y además tenía un aparcamiento particular, por tanto, Eduardo Fuster puso el deportivo negro de pico, alineado a los demás y saltó de aquel.

Vestía pantalón *beige*, camisa del mismo tono y llevaba una chaqueta de punto atada al cuello, ta que le daba un aspecto juvenil. Moreno y alto, curtido por el amor y las canchas de tenis, Ed no aparentaba los cincuenta y cinco y más que llevaba encima. Pero él lo sabía. Y maldito lo que le importaba y además no intentaba pasar ni por joven, ni por interesante.

Cruzó los jardines y el aparcamiento bastante solitario a aquellas horas y se dirigió a uno de los seis portales que se alineaban muy poco separados unos de otros. Para entrar

en casa de su hija era casi como perderse en un laberinto, pero sabiendo ya la escalera que elegir y el ascensor adecuado, no resultaba nada complicado.

Los tres bloques que formaban la urbanización eran todos exteriores, llenos de sol, de plantas en los balcones o galerías, aunque para entrar uno parecía perderse en un túnel iluminado con luces artificiales.

Había un portero por cada portal, pero los ascensores eran automáticos y el cometido de los porteros era más bien conservar la limpieza, regar los jardines y mantener en orden los polideportivos particulares como la piscina que funcionaba todo el invierno.

Ed a paso elástico y seguro atravesó aquel tipo de túnel iluminado con luces amarillentas que ponían sombras cada- véricas en los usuarios, y se dirigió directamente por el ascensor que le llevaba a la casa de su hija.

Pensaba, entretanto ascendía, que estando solo y sin ocupación dependiente de otro, lo lógico hubiera sido que visitara a Tassi más frecuentemente, pero tampoco le gustaba ser entrometido y si bien sus dos nietos Tony y Bárbara le adoraban, seguro que no lo adorarían tanto si lo vieran cada día.

Vic era un chico estupendo, pero Ed prefería tenerlo de súbito de vez en cuando, que irrumpir en sus vidas como un insoportable intruso.

De tener la certidumbre de que Tassi no era feliz, la cosa hubiera sido muy distinta. Pero un padre que reconoce que su hija es feliz, lo mejor para él es mantenerse al margen y lo hacía sabedor de que en cualquier momento de necesidad, Tassi lo llamaría, como estaba ocurriendo en aquel instante.

II

T assi abrió la puerta y Ed la apretó contra sí con inmensa ternura.

Pensó, eso sí, y además como fugazmente, que Tassi no tenía la sonrisa de otras veces. Algo se le cuajaba en ella. Era como si la boca sonriera y en el fondo de los ojos se escurriera un pesar.

Lo que también comprobó es que se mantenía esbelta, joven y lindísima.

Rubia, de ojos azules y pelo lacio brillante, natural, poseía una clase especial. Siempre la tuvo, pensaba Ed.

De niña ya llamaba la atención. Y no precisamente por su belleza clásica, sino por su clase, sus modales exquisitos su femineidad.

No perdía nunca su innato sello, lo que dejaba a Ed muy satisfecho.

Sin embargo y tras separarla de sí para verla mejor, comprobó que aquel día las cosas para Tassi fueran de la índole que fueran, no tenían la misma dimensión plácida y serena.

—Ven, papá. La limpiadora no viene hoy. La tengo tres veces a la semana. No soporto una persona extraña en casa todo el día y la noche. Los chicos se han ido al colegio y estoy sola.

No había soltado la mano de su padre y lo llevaba por el interior del piso. Un precioso piso moderno y puesto con el gusto elegante de su hija aunque bien analizado, ni los muebles eran caros, ni el papel, ni los cuadros.

Pero la armonía del bello hogar a él siempre le proporcionaba una paz distendida. Los toldos de colores estaban a medio bajar y el sol se pegaba a ellos proporcionando una cálida sombra en el ambiente del bien decorado salón.

—He recibido tu aviso de madrugada —explicaba el padre tomando asiento—. Tú sabes que me gusta jugar la partida o conversar con los amigos y me paso en el club la mayor parte del día.

—Recibo de tu editor las novelas mensuales que publicas —dijo Tassi aún de pie.

—Se lo tengo advertido. Pero ahora no las recibirás mensualmente porque he decidido escribir menos. Voy a buscar más calidad, por lo tanto escribiré una cada tres o cuatro meses.

—Yo siempre encuentro calidad en tus libros, papá.

Ed sonrió.

—Eres muy indulgente —y sin transición—. ¿Por qué te quedas de pie?

—Presumía que vendrías y tengo la cafetera eléctrica enchufada, la bandeja lista para dos cafés y me voy a buscarlo a la cocina.

Ed se relajó un poco más.

La voz de Tassi era algo vibrante. No la voz pausada de antes.

Pero sin duda eso era el motivo de su S.O.S. Y él estaba allí para ayudarla si es que era ayuda lo que necesitaba.

Un poco indolente la vio alejarse dentro de sus pantalones cortos blancos y su polo de algodón rojo sin mangas y bastante escotado. Estaba morena y el rubio de su pelo, los blancos dientes y los ojos azules formaban un bello contraste.

Tassi realmente era muy atractiva, más que hermosa.

Pero sin duda su atractivo era mil veces más interesante que la belleza de la cual evidentemente carecía. La belleza clásica como él la consideraba.

No demasiado alta, delgada y armoniosa, parecía una jovencita. Nadie diría que tenía dos hijos, uno de cinco años cumplidos y otro de tres y algunos meses más. Dos hijos venidos al mundo demasiado seguidos. Pero evidentemente que alegraban la casa que en aquel instante parecía un santuario por su silencio.

Ed dejó de pensar cuando apareció su hija con el servicio de café que colocó en la mesa de centro. Sentándose seguidamente enfrente de él.

Como ya conocía sus gustos, Tassi le sirvió café y un solo terrón de azúcar. Café solo negro, lo que también sirvió para ella.

Y esto fue una cosa más que extraño a Ed, pues Tassi jamás tomaba el café solo y solía aclararlo con unas gotas de leche.

—¿Solo? —preguntó cuando su hija le entregaba la pequeña tacita de fina loza.

—¿Te refieres al mío?

—Pues sí.

—Solo.

—¿Desde cuándo lo tomas solo?

—Hoy por primera vez.

Él, que iba a llevar la taza a la boca, murmuró sin preguntar.

—A ti te pasa algo. Y no es algo vulgar, ¿verdad?

—No.

—Por eso me has llamado.

—Evidentemente, sí.

—Y supondrías que vendría cuando estuvieras sola.

—Eso ya lo ignoraba. Que vendrías, tenía la certeza que estuviese sola, no. Pero de estar acompañada, me hubiese ido contigo a dar un paseo.

—Lo que indica que lo que me quieres comentar ha de ser para ambos solamente.

—Así es.

—Tomaré el café.

* * *

—Para ambos —añadió Tassi al rato sin que su padre dijera nada más— por un tiempo. Hay cosas que no pueden estar ocultas y esta que voy a contarte es una de ellas.

—Tu tono solemne me causa algo de temor, Tassi. ¿De qué se trata?

—Me voy a divorciar.

Dicho así tal parecía que hablaba de tomar un vaso de agua.

Pero Ed sabía muy bien que Tassi era tradicionalista y hasta un poquitín reaccionaria.

No dio un salto, pero sí que se le quedó mirando boquiabierto con la tacita en la mano que por cierto, estaba vacía.

No se le ocurrió otra cosa que volverla a llenar él mismo. E incluso se sirvió el terrón de azúcar para disipar el amargor.

—Has oído bien, papá.

—Sí, si. Me imagino. Si además en seis años que llevas casada no has dado muestras de semejante cosa, tiene que ser muy gordo lo que te ha ocurrido para tomar esa determinación drástica. Es una extremada decisión, Tassi. ¿Lo has pensado bien?

—Por supuesto.

—¿Lo sabe Vic?

—Se lo pienso decir a su regreso de Alemania.

—¿Así a lo bestia?

—Con los matices suficientes. No creo que tenga que ser muy expresiva. Vic lo comprenderá. No quiero luchas ni quemazones, ni malos entendidos. Algo razonable entre dos personas civilizadas.

Ed bebió de dos sorbos el contenido de la taza.

No le asombraba oír aquello, pero que lo dijera Tassi sí que le asombraba de modo extremo.

Y además con tanta serenidad y sosiego. Lo que suponía que Tassi estaba muy segura de lo que decía, al modo de pensar de Ed, desde el extremo de conocer tanto a su hija, estaba madurado y reflexionado por ella hasta la saciedad.

—Bueno —dijo posando la taza en la bandeja y sin armar aspavientos fuera de toda lógica, apaciblemente conservadora—, ya me explicarás las causas —y sin transición—. ¿Adulterio por parte de Vic? Porque tú no eres adúltera, ya lo sé.

—Yo puedo ser lo que sea empujada por una situación anómala.

—Tassi.

—Pero no lo soy. Por eso deseo el divorcio y se lo voy a plantear así a Vic.

—Tú eres feliz a su lado, Tassi.

—Todo lo feliz que se puede ser cuando una fuerza superior te obliga a aceptar las cosas que se hacen en momentos decisivos y poco reflexivos.

—No comprendo.

—Me casé embarazada. En aquel momento en que lo hice hace seis años, suponía un baldón y había que tapar la suciedad que se llamaba deshonesta. Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Y yo he cambiado con las cosas.

—Es decir, que has evolucionado como evolucionó la vida.

—Sin lugar a dudas.

—Tú eras una chica casi reaccionaria y te diré que tu intempestivo embarazo, me asombró.

Tassi sacudió su armoniosa cabeza de rubios y limpios cabellos perfumados.

—Era un ser humano enamorado y de ahí a un embarazo media un paso. El paso lo di... o to dimos Vic y yo. Lo